

Soledad Iparraguirre

DELIA

Bastión de la resistencia

Prólogo de Ángela Pradelli



Prólogo

La escritora María Granata me dijo una vez que, en relación con las presentaciones personales, transitamos por diferentes instancias. Cuando nacemos, somos solo un nombre a partir del cual se genera el devenir de nuestra historia. Desde ahí hacia el futuro, paso a paso, día a día, empieza una constelación de papeles, títulos, oficios, acreditaciones, documentos, expedientes, denuncias, participación social, intervenciones sociales, etc., que acompañan ese nombre y presentan a la persona. Hay una tercera instancia, que solo se alcanza a veces, y que implica despojarse de todo en su vuelta al nombre. Es decir, cuando esa vida es intensa y sentida, la persona vuelve a ser solo ese nombre porque ya no necesita de pergaminos ni presentaciones.

Este es el caso de Delia Cecilia Giovanola. Puedo imaginarla en su nacimiento. Su madre Angélica y su padre Francisco llamándola Delia cuando la abrazan en sus primeras horas de vida. Luego, el mundo de papeles con los que seguramente la presentaron muchas veces. Docente, bibliotecaria, Madre de Plaza de Mayo, Abuela de Plaza de Mayo. Y ya, desde hace un tiempo, Delia otra vez. Delia Cecilia Giovanola, cuando decimos su nombre, viene una

correntada fresca de amor con la que ella transitó aun en los días más oscuros, en los paisajes desiertos y en las noches silenciosas. Su nombre, ahora, está fundido en su historia de vida y, como cuando nació, pronunciarlo nos convoca al abrazo.

Soledad Iparraguirre es aquí la encargada de narrar las memorias, hilvanar los hechos y las voces, y lo que logra es un relato familiar que estremece sobre todo cuando esas voces se anudan al tronco de la última dictadura cívico-eclesiástico-militar y se funde en el relato histórico. Gracias a su oficio, las arrugas de lo personal y lo social, trágicas y dolorosas, se despliegan ante nosotros. Es esa expansión la que nos ayuda a comprender lo inefable a través de una escritura sin fisuras, aun en las aguas de esos largos años de opresión.

La pregunta siempre aparece. ¿Tenemos que narrar estos episodios? Sí, siempre, una y otra vez, cada vez más. ¿Por qué? La respuesta la dio Primo Levi hace ya algunos años: “Porque si pasó una vez, puede volver a pasar”.

Delia testimonia en este libro su experiencia, su dolor por las pérdidas, pero también la alegría de la búsqueda infatigable y el reencuentro con su nieto Martín. La memoria es un acto creativo. La palabra de Delia y la construcción de Iparraguirre tienen la luz de la creación e iluminan no solo la vida de la protagonista, sino también la nuestra.

ÁNGELA PRADELLI

Introducción

Conocí personalmente a Delia en Beccar, San Isidro, en la colocación de la baldosa en homenaje a Héctor Oesterheld, en un emotivo acto llevado a cabo en la casa donde vivió el historietista. Fue en mayo de 2016. Sabía quién era y cuántas ausencias cargaba sobre sus espaldas, pero durante largos años me había conformado con seguir a muchas de ellas, mujeres faro –Madres y Abuelas de Plaza de Mayo– a una prudente distancia, ya fuera en charlas, en las calles o en la histórica Plaza cada 24 de marzo, sin acercarme siquiera a saludarlas. Una mezcla de emoción por su legado de lucha y respeto ante tamaño dolor padecido hacía que me mantuviera al margen. Delia no era la excepción.

Un compañero de militancia nos presentó aquella vez. Tras los discursos de rigor de los integrantes de Barrios por la Memoria y la Justicia Zona Norte –responsables junto a otros colectivos del necesario ritual de colocación de baldosas conmemorativas que interpelan nuestra memoria–, me animé a encararla. Le pregunté “cómo iba todo con Martín” o algo así. Pocos meses antes, uno de los nietos más esperados había recuperado su verdadera identidad. De inmediato me mostró varias fotos en su celular y conversamos un

rato. Lorena Battistiol Colayago (colaboradora de Abuelas de Plaza de Mayo, que aún busca a una hermana o hermano nacido en cautiverio) la acompañaba ese luminoso día. Al poco tiempo, volví a verla, pero esta vez en su casa: había quedado pendiente una visita que le prometí y fui a pasar la tarde con ella a Villa Ballester. A todo esto, ya teníamos nuestros contactos telefónicos y charlábamos con frecuencia, aunque gran parte de la comunicación que manteníamos eran audios de uno y otro lado; ella ya era toda una “abuela cibernética” (así la llaman en la institución) que conocía al dedillo el manejo de las redes.

Pasó poco más de un año cuando le dije que deseaba escribir sobre su vida. Había venido a La Plata, su ciudad natal, a dar una charla en la librería El Aleph.

Por la noche, la llamé y le expliqué sintéticamente que me proponía escribir una biografía a dos voces, en la que ella fuera la relatora principal abriendo camino –¿acaso uno más?– a su propia historia. Yo officiaría de puente. “Me gusta esa idea. ¿Cuándo empezamos?”, fue su inmediata respuesta.

Al día siguiente, fui a reunirme con ella en la casa de una de sus amigas de “aquellos años mozos”, e iniciamos un recorrido desordenado y por momentos caótico de sesiones de grabación que se extendieron a lo largo de un año. Mi rutina familiar no me permitía abocarme a fondo y finalizar el proyecto en el corto plazo como hubiera querido, algo que, algunas veces, lo tornó pesado por la ansiedad que generó el querer materializarlo, pero pasó a ser la excusa perfecta para seguir visitándola, acompañándola y disfrutar junto a ella fines de semana íntegros que quedarán guardados en mi memoria afectiva.

Durante ese año, Delia no solo me abrió las puertas de su casa, sino que me brindó su confianza, su sagaz sentido del humor, su sensibilidad y compañía. Algunas tardes, nos adentramos en su baúl de la memoria –un preciado tesoro–, desmenuzando su archivo personal repleto de fotos, cartas, textos, papelitos sueltos, homenajes y presentes recibidos todos estos años. Compartimos salidas y encuentros que excedieron largamente el objetivo de este libro. Siempre me esperó atenta a continuar la delicada y dolorosa tarea de hurgar en los más aciagos recuerdos para acercarlos a las y los lectores su historia de desgarros y de lucha ininterrumpida y tenaz.

Me atraviesan todos y cada uno de los crímenes perpetrados por el terrorismo de Estado bajo la última dictadura cívico-militar. Soy una convencida de que cada historia merece ser contada, bajo el formato que sea, como aporte testimonial al sostén de nuestra memoria colectiva. Todas y cada una de estas mujeres fortalece, que enfrentaron al más sangriento poder dictatorial con un pañuelo blanco sobre sus cabezas y su obstinado e implacable peregrinar en la búsqueda a tientas de sus hijos y nietos desaparecidos, merecen que su historia sea contada.

Este libro se centra particularmente en el drama familiar de Giovanola. No intenta acercar al lector la historia de Abuelas de Plaza de Mayo ni teorizar sobre el horror que implicó el terrorismo de Estado, temas abordados ambos en extensos y necesarios volúmenes de la historiografía nacional política y social.

Delia suele decir que no eligió ser Madre ni Abuela de Plaza de Mayo, que la vida la puso ahí. A sus 96 años, habiendo emprendido el infatigable camino de la búsqueda de

verdad y justicia, soportando más de un drama familiar que hubiera doblegado a unos cuantos, ella sonríe y resiste. En esa resistencia –en su férrea lucha, la esperanza intacta y los pasos dados desde la fundación de Abuelas hasta su aporte al día de hoy– está su legado.

Anexo fotográfico



Delia –sentada en la imagen– junto a sus compañeras en sus años de docente.



Fotografías de Jorge Ogando y Stella Maris Montesano. Fueron secuestrados en el departamento de la calle 12, mientras su hija Virginia de tres años dormía en la cuna.



Marcha de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Delia, a la derecha, con una pollera a cuadros, sostiene un estandarte que reclama la restitución de los “niños desaparecidos”.



Delia en la imagen que la convirtió en “La Abuela de las Malvinas”. La fotografía se expone en el Museo Malvinas en el Espacio Memoria.



Virginia Ogando con las fotos de su madre y su padre desaparecidos.
Foto: Horacio Paone.



Fragmento de la historia de la búsqueda de Martín Ogando incluida en *Historietas por la identidad*, publicada por la Biblioteca Nacional Mariano Moreno y Abuelas de Plaza de Mayo.



Virginia Ogando abraza a su abuela Delia. Foto: Horacio Paone.

Índice

Prólogo

Ángela Pradelli 11

Introducción 13

1

Aquella apacible vida 17

Tiempos fundacionales 18

Una infancia sosegada 21

La vocación de enseñar 23

Jorge, el gran amor 25

Los veranos en Los Tilos 28

Solos 29

Pablo 31

Jorge Oscar, “Jorgito” 33

Nunca me permití quebrarme 35

Los chicos 36

2

Se llevaron a los chicos 39

Peor que saber 41

Miedo 43



Cercados	45
Yendo a Plaza de Mayo.....	47
En la boca del lobo	48

3

El abismo	51
“Abandonad toda esperanza, quienes aquí entráis”	54
Luchar cada día de mi vida para que sea justicia	56
Destino final.....	58
La esperanza de vivir.....	60
El largo camino de la (in)justicia	64
Negar el olvido	65

4

El encuentro en la Plaza	67
Aquella bandada de palomas	68
En camino	71
Paridas por las Madres.....	72
Los primeros pasos	73
Abuelas detectives	76
Desaparecer Madres.....	78
Las doce bajo el jacarandá	80
Pañuelos de dignidad	84
Visibilizar la búsqueda	86
Una esperanza en medio del desamparo	87
Suerte sellada	90

5

Abuelas al mundo	93
Escribirle al mundo	94
Con la esperanza latente	101



Informaciones	103
Madre con cartel.....	106

6

Virginia	109
Buscando aturdirla.....	109
A fondo.....	115
Suscitar inquietudes	117
Ocho cartas.....	118
La decepción	120
El quinto elemento	122
“Desaparición forzada de persona”:	
el acompañamiento del Banco.....	123
El despertar de la militancia	123
Contra todo olvido	125
Búsqueda ciega.....	126
La felicidad aferrada a la búsqueda.....	128
Un día de sol.....	129
Charly, su gran amor.....	131
El quiebre.....	133
Tarde.....	134
Conmoción	141

7

Martín	143
Los hilos de Virginia	143
Identidades adulteradas.....	146
Tiempo de anuncios	147
El sinuoso camino hacia la verdad	149
Cambio de planes.....	151

Lo que tendría que haber sido.....	155
Guardado en la memoria	156
Vueltas.....	159
Seguir.....	160

Epílogo

Hasta encontrarte	163
Acariciar el rostro de la patria.....	163
Conmigo y a mi lado.....	164
Consecuencia del genocidio.....	165
Nuestra búsqueda	167
Soy.....	168

Palabras para Delia	171
----------------------------------	-----

Anexo fotográfico	173
--------------------------------	-----

Agradecimientos	180
------------------------------	-----

Bibliografía	183
---------------------------	-----

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo aquí,
en www.editorialmarea.com.ar
y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y
recomendaciones este proyecto editorial.

